

## Obituario: Edgar A. Levenson (1924-2026)

## Una voz de los márgenes del psicoanálisis

Carlos Rodríguez Sutil

IARPP, IAPSP, IPR

Madrid, España



Ha fallecido Edgar A. Levenson, a los 101 años, una de las figuras más singulares e influyentes del psicoanálisis contemporáneo, estrechamente vinculado al William Alanson White Institute de Nueva York y heredero, en una línea propia y profundamente original, de la tradición interpersonal inaugurada por Sullivan, Fromm y Clara Thompson.

Nacido en el Bronx en 1924, en el seno de una familia de inmigrantes rusos, Levenson desarrolló una trayectoria que combinó la formación médica, la psiquiatría y el psicoanálisis con una intensa curiosidad intelectual. Desde muy temprano se vio influido por corrientes como la antropología cultural y la epistemología de la ciencia, lo que marcaría decisivamente su pensamiento posterior. Esa apertura a otros campos le permitió introducir en el psicoanálisis una sensibilidad poco habitual en su tiempo: la conciencia de que toda teoría es inseparable del contexto cultural en el que surge.

Autor de obras y clásicas como *The Fallacy of Understanding* (1972), *The Ambiguity of Change* (1983) y de dos colecciones de artículos, *The Purloined Self* (2017) e *Interpersonal Psychoanalysis and the Enigma of Consciousness* (2018), estos escritos muestran la continuidad de sus preocupaciones: la naturaleza de la conciencia, el papel del lenguaje y la imposibilidad de separar al observador de lo observado. Lejos de cerrar su obra, estos

trabajos finales insisten en el carácter abierto e inacabado del proceso analítico. Levenson fue uno de los principales responsables del giro relacional y contextualista en la forma de pensar la práctica analítica. Su propuesta, que él mismo denominó “perspectivista”, implica que no hay una única verdad analítica, sino múltiples modos de organizar la experiencia, siempre situados históricamente y atravesados por los supuestos del observador. En este sentido, su pensamiento anticipa y alimenta el posterior desarrollo del psicoanálisis relacional, al desplazar el foco desde el aparato intrapsíquico hacia el campo de interacción entre paciente y analista. Frente a la idea de una comprensión objetiva del mundo interno del paciente, sostuvo que toda percepción es una construcción y que el analista no puede situarse fuera de aquello que observa. De ahí su conocida crítica a la “falacia de la comprensión”: la ilusión de que el analista puede acceder a una verdad última independiente de su propia participación.

Uno de sus aportes más fecundos consiste en haber mostrado que el dato clínico fundamental no es el paciente aislado, sino la estructura relacional que se configura en el encuentro terapéutico. La transferencia y la contratransferencia dejan así de entenderse como fenómenos separados para ser concebidas como una experiencia compartida, en la que ambos participantes están inevitablemente implicados.

Levenson fue también un crítico constante de las ortodoxias. Descrito por colegas como un “tábano” o un “deconstructivista” clínico, su estilo se caracterizaba por una permanente interrogación de los supuestos implícitos en las teorías y en las presentaciones de caso. La expresión completa es de Donnel B. Stern: “a gadfly with an agenda” (“un tábano con agenda”). Más interesado en las preguntas que en las respuestas, desconfiaba de las formulaciones cerradas y buscaba, una y otra vez, aquello que quedaba fuera de ellas. Como él mismo señalaba, la cuestión central no es tanto qué significa algo, sino qué está ocurriendo en la interacción.

Esta actitud se traduce también en su concepción de la técnica. Levenson nunca propuso un método rígido ni un conjunto de reglas, sino más bien una forma de trabajo abierta, cercana a la improvisación —él mismo la comparaba con el jazz—, en la que el analista debe atender a los matices de la relación y a la experiencia compartida más que a la aplicación de un sistema teórico preestablecido. En este sentido, su obra ha contribuido a cuestionar la idea de que la eficacia terapéutica dependa de la corrección de una interpretación, subrayando en cambio el valor transformador de la experiencia relacional.

A pesar de la influencia reconocida por autores como Mitchell, Bromberg o Donnel Stern, Levenson ha sido, paradójicamente, una figura algo marginal dentro del propio movimiento relacional. Tal vez porque su pensamiento, siempre incómodo y poco sistemático, resiste ser convertido en doctrina. Él mismo se definía como un outsider, alguien más interesado en desestabilizar certezas que en construir sistemas. Quienes lo conocieron destacan no solo la agudeza de su pensamiento, sino también su humor irreverente, su erudición y su capacidad para estimular el pensamiento en los demás. Como señalaba uno de sus colegas, conversar con Levenson no implicaba necesariamente estar de acuerdo con él, sino salir de la conversación con nuevas preguntas. Levenson nunca fue un “autor de sistema”, sino un autor de problemas.

Con su muerte desaparece una de las voces más originales del psicoanálisis contemporáneo. Su legado permanece, sin embargo, como una invitación a sostener la incertidumbre, a desconfiar de las verdades demasiado seguras y a pensar la clínica como un proceso abierto, siempre en construcción.

**Edgar A. Levenson (1924–2026)**  
**A voice from the margins of psychoanalysis**

Edgar A. Levenson has passed away at the age of 101, one of the most singular and influential figures in contemporary psychoanalysis, closely associated with the William Alanson White Institute in New York and heir, in his own original way, to the interpersonal tradition inaugurated by Sullivan, Fromm, and Clara Thompson.

Born in the Bronx in 1924, into a family of Russian immigrants, Levenson developed a career that combined medical training, psychiatry, and psychoanalysis with an intense intellectual curiosity. From early on, he was influenced by fields such as cultural anthropology and the epistemology of science, which would decisively shape his later thinking. This openness to other disciplines allowed him to introduce into psychoanalysis a sensitivity that was unusual for his time: the awareness that every theory is inseparable from the cultural context in which it emerges.

Author of now classic works such as *The Fallacy of Understanding* (1972), *The Ambiguity of Change* (1983), and two collections of papers, *The Purloined Self* (2017) and *Interpersonal Psychoanalysis and the Enigma of Consciousness* (2018), these writings show the continuity of his concerns: the nature of consciousness, the role of language, and the impossibility of

separating the observer from what is observed. Far from closing his work, these later texts insist on the open and unfinished character of the analytic process. Levenson was one of the main contributors to the relational and contextual turn in the way analytic practice is conceived. His proposal, which he himself called “perspectivist,” implies that there is no single analytic truth, but multiple ways of organizing experience, always historically situated and shaped by the assumptions of the observer. In this sense, his thinking anticipates and nourishes the later development of relational psychoanalysis, shifting the focus from the intrapsychic apparatus to the field of interaction between patient and analyst. Against the idea of an objective understanding of the patient’s inner world, he argued that all perception is a construction and that the analyst cannot stand outside what he observes. Hence his well-known critique of the “fallacy of understanding”: the illusion that the analyst can access an ultimate truth independent of his own participation.

One of his most fruitful contributions lies in having shown that the fundamental clinical datum is not the isolated patient, but the relational structure that emerges in the therapeutic encounter. Transference and countertransference thus cease to be understood as separate phenomena and come to be seen as a shared experience in which both participants are inevitably involved.

Levenson was also a constant critic of orthodoxies. Described by colleagues as a “gadfly” or a clinical “deconstructionist,” his style was marked by a continuous questioning of the implicit assumptions underlying theories and case presentations. The full expression is due to Donnel B. Stern: “a gadfly with an agenda.” More interested in questions than in answers, he distrusted closed formulations and sought, again and again, what had been left out of them. As he himself suggested, the central question is not so much “what does this mean?” as “what is happening here, between us?”

This attitude is also reflected in his conception of technique. Levenson never proposed a rigid method or a set of rules, but rather an open way of working, close to improvisation—he himself compared it to jazz—in which the analyst must attend to the nuances of the relationship and to the shared experience, rather than to the application of a predefined theoretical system. In this sense, his work helped to question the idea that therapeutic effectiveness depends on the correctness of an interpretation, emphasizing instead the transformative value of relational experience.

Despite the influence acknowledged by authors such as Mitchell, Bromberg, or Donnel Stern, Levenson has, paradoxically, remained a somewhat marginal figure within the relational

movement itself. Perhaps because his thinking, always unsettling and unsystematic, resists being turned into doctrine. He saw himself as an outsider, more interested in destabilizing certainties than in building systems. Those who knew him emphasize not only the sharpness of his thinking, but also his irreverent humor, his erudition, and his ability to stimulate thought in others. As one of his colleagues remarked, talking with Levenson did not necessarily mean agreeing with him, but rather leaving the conversation with new questions. Levenson was never a “system builder,” but a thinker of problems.

With his death, psychoanalysis loses one of its most original voices. His legacy remains, however, as an invitation to tolerate uncertainty, to distrust overly secure truths, and to think of clinical work as an open process, always in the making.

### ALGORITMO E ISOMORFISMO EN LEVENSON

Entre los muchos aportes de Edgar A. Levenson, hay dos conceptos que siempre me han parecido especialmente sugerentes: el de *algoritmo* y el de *isomorfismo*.

El primero introduce una idea provocadora: más allá de las diferencias teóricas entre analistas, todos hacemos, en esencia, lo mismo. Existe una secuencia reconocible —un “algoritmo”— que organiza la práctica analítica: establecer un encuadre, explorar el orden de la experiencia del paciente y hacerlo emerger en la relación terapéutica. La eficacia del psicoanálisis no dependería tanto de la verdad de la teoría como del modo en que este proceso se despliega

El segundo concepto, el de *isomorfismo*, apunta a algo aún más inquietante: en la situación analítica tienden a reproducirse, con una estructura semejante, los patrones relacionales del paciente. El analista no observa desde fuera, sino que participa inevitablemente en ese campo, llegando a encarnar —sin proponérselo— aspectos del mundo del paciente. En este punto, Levenson retoma, con su propio lenguaje, una intuición que ya estaba presente en Ferenczi: la tendencia a repetir en la relación analítica formas de vínculo marcadas por la historia.

Ambos conceptos cuestionan la idea de un analista neutral que aplica una teoría correcta. Más bien nos sitúan en un terreno más incierto: el de una práctica compartida, donde lo que ocurre entre ambos es el verdadero dato clínico.

## ALGORITHM AND ISOMORPHISM IN LEVENSON

Among Edgar A. Levenson's many contributions, two concepts have always seemed particularly illuminating to me: *algorithm* and *isomorphism*.

The first introduces a provocative idea: beyond theoretical differences among analysts, we essentially do the same thing. There is a recognizable sequence—an "algorithm"—that organizes analytic practice: establishing a frame, exploring the order of the patient's experience, and bringing it into the therapeutic relationship. The effectiveness of psychoanalysis would depend less on the truth of theory than on how this process unfolds.

The second concept, *isomorphism*, points to something even more unsettling: within the analytic situation, the patient's relational patterns tend to reappear in structurally similar ways. The analyst does not observe from the outside, but inevitably participates in this field, sometimes enacting—without intending to—features of the patient's relational world. In this sense, Levenson reformulates an intuition already present in Ferenczi: the tendency to repeat, within the analytic relationship, forms of relating shaped by early experience.

Both concepts challenge the notion of a neutral analyst applying a correct theory. Instead, they place us in a more uncertain terrain: that of a shared practice in which what happens between both participants becomes the central clinical datum.

### ***Cita bibliográfica / Reference citation:***

Rodríguez Sutil, C. (2026). Una voz de los márgenes del psicoanálisis. *Clínica e Investigación Relacional*, 20 (1): 408-413. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.info](http://www.ceir.info)] DOI: 10.21110/19882939.2026.200132